

Rector Magnífico de la Universidad de Navarra.
Autoridades académicas.
Queridos compañeros de Corporación Universitaria
Señoras. Señores.

Señores: No creo caer en el tópico al decir que las palabras de don Ismael Sánchez Bella han estado inspiradas por el afecto personal más que por méritos objetivos. Nos conocemos desde hace ya casi treinta años. Aunque no hayamos trabajado juntos profesionalmente –difícil sería una colaboración directa entre la Historia del Derecho y la Fisiología animal –hemos coincidido en muchas ocasiones y particularmente en un viaje universitario de varios meses por los Centros culturales de la República Argentina en el año 1950.

Quiero, en primer lugar, dar las gracias a las autoridades de Navarra y de Pamplona aquí presentes por la gentileza que han tenido al acudir a acompañarnos en este acto. Ello es expresión del caluroso interés que siempre han mostrado por nuestra Universidad, manifiesto en el constante apoyo de todo orden con que han seguido el nacimiento y desarrollo de este Centro. Estoy seguro de que representa también la voluntad de proseguir su generosa colaboración con la gestión rectoral que hoy comienza.

El Gran Canciller, que tanto ama a esta tierra y a esta Universidad, ha tenido a bien pensar en mí para este cargo. Es una muestra de confianza que me obliga a mucho, pero sobre todo, a un permanente esfuerzo por interpretar lealmente su espíritu en la tarea de gobierno directo de la Universidad de Navarra.

Vengo a suceder a los dos Rectores que han ocupado este puesto durante los últimos catorce años: el profesor Sánchez Bella y don José María Albareda. No temo herir la modestia del Sr. Sánchez Bella si califico de heroica su misión durante los siete años iniciales de Rectorado, porque es algo para todos evidente y porque muchos de ustedes le han acompañado en su tarea.

Hace unos días me referí al comienzo de esta Universidad como a una aventura del espíritu. Y ustedes saben bien que esto es cierto. Solo un derroche de fe, de optimismo y de trabajo hicieron posible pasar de aquel primer curso de Derecho en la Cámara de Comptos en 1952 a la Universidad de 1960 y a la esplendorosa realidad de hoy. En todo este tiempo, Sánchez Bella ha sido –como Rector o Vicerrector- un ejemplo vivo de entrega a una ilusionada tarea en la que ha tenido un minuto de reposo y sí dificultades de todo orden, superadas con ese admirable tesón que le ha permitido hacer realidad una empresa que presta y debe seguir prestando valiosos servicios a la Iglesia, a España y a otros muchos países. La valía científica de Ismael Sánchez Bella como historiador del Derecho y su infalible entusiasta capacidad de gestión y de organización puestas de relieve en estos años, merecerán

siempre la admiración y el agradecimiento de cuantos amen a esta Universidad.

En el homenaje póstumo que se tributó el lunes pasado a don José M^a Albareda quedó patente cuanto él ha significado para España en los últimos treinta años y el gran servicio que hizo a esta Universidad al venir a regirla hasta su muerte. Cualquiera que le suceda aparecerá como un pigmeo ante su figura de gigante, y esto es particularmente verdadero en mi caso concreto. Un cierto aliento representa la esperanza que todos tenemos de que él continuará interesándose ahora desde el Cielo de un modo todavía más eficaz por esta labor a la que entregó su vida.

Venir a esta universidad es un gran honor. No he tenido la suerte de estar en ella desde sus principios. Pero la he visitado con relativa frecuencia por unos u otros motivos y así he podido admirarme, quizás con mejor perspectiva que quienes estaban aquí haciéndola crecer, del extraordinario ritmo de desarrollo que ha experimentado. No creo exagerar al decir que el espectáculo del nacimiento y ulterior expansión de la Universidad de Navarra es el más deslumbrante de la historia de España en centros similares. El número de las enseñanzas que se han ido implantando, el aumento progresivo del selecto profesorado y de los alumnos, los edificios construidos, las publicaciones científicas, las instalaciones realizadas, son expresión de una vitalidad superable. Y todo ello dentro de un ambiente de entusiasmo, de amor a la tarea común, de amistad, de unidad en lo fundamental sin perjuicio de la legítima diversidad de criterios y pareceres en otros aspectos, que es quizá la faceta más relevante para quien se acerque a la Universidad de Navarra. Hace unos días, un excelente conocedor de la vida universitaria española, D. Carlos Jiménez Díaz, decía de esta universidad que era la más completa que él ha conocido. A buen seguro que no se refería a los elementos materiales ni a la multiplicidad de las enseñanzas, sino a otra dimensión mucho más importante que es el espíritu que la anima.

Porque la Universidad es un hogar de trabajo que se debe a su propia misión de enseñar, de desarrollar las distintas ramas del saber y de formar a la juventud que viene a sus aulas ávida de recibir los conocimientos científicos, la cultura y el ejemplo, que hagan de ella hombres y mujeres capaces de responder adecuadamente a los nobles afanes de realización personal y a los deberes y esperanzas que la sociedad exige de ellos.

Por todo ello, la responsabilidad que recae sobre mí al tomar posesión de este Rectorado es particularmente importante y soy consciente de lo que esto significa. Pero también siento el alivio poderoso de que aquí se cuenta con un espíritu, con un estilo universitario, con un afán de colaboración que hacen mucho menos grave la tarea.

Indudablemente el trabajo más difícil ha sido realizado ya. A mí sólo me corresponde proseguirlo. Las líneas generales están trazadas, el tono universitario está logrado, el ritmo de crecimiento también está marcado ya. La principal labor de esta nueva etapa ha de ser la de consolidar las estructuras que ya existen, impulsar el trabajo científico que felizmente tiene como punto de partida la madurez actual, continuar incansablemente el esfuerzo por una proyección internacional de esta Universidad, para lo que constituye una base sólida el prestigio de que universalmente goza.

Los veintidós años que yo he pasado en la Facultad de Ciencias de Barcelona, me han enraizado en aquella noble tierra catalana. Los profesores, colaboradores y alumnos de aquella Universidad estarán siempre presentes en mi recuerdo. De todos ellos he aprendido mucho y en este momento tengo el deber de expresarles públicamente su gratitud. Vengo aquí con una gran ilusión. Conozco y amo esta región tan próxima a la mía, y siempre he sentido por ella una admiración profunda. Espero saberme integrar en sus afanes y en sus virtudes y tener ocasión de prestarle algún servicio. Sé bien cuán arraigada está la Universidad en Pamplona y en Navarra y en las otras ciudades en donde tiene establecidos centros, como San Sebastián y la misma Barcelona. El nuevo Rector, como sus predecesores, se halla dispuesto a corresponder con su voluntad de entrega desinteresada a esta hospitalidad tan generosa.

Cuento con la colaboración de todos los que pertenecen a la gran familia de la Universidad de Navarra: Junta de Gobierno y Profesores, técnicos, administrativos, alumnos, bedeles...sabéis bien que el Gran Canciller dijo que para el buen funcionamiento de la Universidad es tan importante el cuidado de los más pequeños detalles materiales como la labor científica y las tareas de gobierno.

Estoy seguro de que con esta asistencia vuestra, la Universidad de Navarra no defraudará las esperanzas puestas en ella por las corporaciones públicas –y de modo especial la Excm. Diputación Foral de Navarra-, por la Asociación de Amigos, por las innumerables entidades privadas y personas particulares que con su aliento y su apoyo económico han contribuido y contribuyen de modo tan notable a esta ventura realidad que contemplamos hoy.

17 de junio de 1966
Universidad de Navarra

Palabras de D. Francisco Ponz, en el acto de toma de posesión como Rector de la Universidad de Navarra